

La verdadera amistad

La amistad es algo que en la vida no tiene precio.

Siempre me he preguntado el porqué tengo tantos amigos, luego he meditado sobre ello y he reconocido que amigos, amigos sobran dedos de la mano para contarlos. Los amigos comienzan en la infancia, allí donde el juego y la camaradería infantil nos hace ser felices con aquellos que curiosamente más nos pegamos en los juegos y en los que la competitividad es lo que sin maldad a esa edad tan temprana prima. Es donde la persona conoce la envidia y la posesión “esto es mío, no te lo dejo” (entre lloros) “pues se lo diré a mi mamá y ya no soy tu amigo/a, ala”. Luego mamá comprará al pequeño o la pequeña aquél juguete que ha envidiado de su amigo de juegos. En esa edad los juegos, al igual que ocurre con los animales irracionales en los cachorros, sirven para practicar la autodefensa y la protección y al igual que con los cachorros irracionales, hay dos tipos de amigos: aquellos con los que se pelean más a menudo y los que forman el grupo en el que están inmersos y se agrupan en la defensa común. Pasado el tiempo unos y otros tomarán caminos diferentes y cuando diera la casualidad de verse de nuevo prácticamente serán dos desconocidos que necesitarían conocerse desde el principio.

La amistad en la adolescencia, ésta sí que sienta un importante precedente, que es que en la memoria se afianza de forma más firme la ideología de la amistad en nuestra mente y ella juega un efecto que quedará marcado a fuego. Esas amistades son quizás las que más raíces profundizan y en las que también más “no amigos apartas”, realizando una selección con un coladero muy especial y estrecho en el que pocos amigos pasan. Pero la vida es así y dispersa a las personas a cada cual con su destino, destino que nunca está marcado si no que nos lo impone la sociedad en la se envuelven nuestros padres, nuestros lugares de estudio o nuestro, pasadas varias etapas, nuestro trabajo.

La amistad en el trabajo es la más difícil. En el trabajo nos pasamos inconscientemente a una edad infantil, pues a pesar de ser adultos, renacen la envidias del afán de posesión, del mejor puesto ajeno y de la mejor afinidad con el jefe. En definitiva es una amistad poco duradera y, salvo ya desperdigados y en trabajos diferentes; pudiera ser que en recuerdo de aquella etapa naciera una amistad de “conocidos” en la que lo normal es verse de vez en cuando para saber de los otros en una comida preconcebida.

Luego llega la amistad del joven adulto en el que prima las reuniones para “ligar” y con el fin de divertirse en grupo. Estas amistades son por lo general las más duraderas ya que están fijadas a una zona y época existencial, por ello la mayoría buscará, si así lo precisara, un hogar para formar pareja lo más cercana posible al lugar de convivencia.

La amistad por vecindad la mayoría de las veces se dan si coinciden algunos parámetros esenciales, a saber: que sean en el mismo edificio, misma planta y lo más importante: misma edad aproximada de los padres, y que los hijos sean de una edad más o menos igual, a ser mejor del mismo sexo. Amistades que se pierden en la mayoría de los casos cuando los hijos llegan a adolescentes y forman su propio grupo de “amigos”.

La amistad por atracción sexual en la juventud es la amistad más difícil y con mayor falsedad involuntaria. El noviazgo está supeditado a una amistad envuelta en un “acaramelar” en el que todo es “maravilloso” y donde las caricias se superponen a la parte que debería ser más importante que es la conversación sobre sus muchas o pocas afinidades, en los que surgen casi siempre sus defectos. El sexo engaña ya que ni es amistad ni es cariño, es un elemento químico hormonal

que nos hace ser idiotas. Sin embargo si se llegan a dar los tres alicientes en esa pareja: cariño, deseo y amistad, los veremos con garrota pero siempre felices, pues a pesar que la edad apague el fuego del deseo, los otros dos superponen, llenan ese vacío fácilmente.

La amistad por afinidades, ya adultos, es una amistad que sobrepone casi siempre a un fallo en la cordialidad y en muchos casos a tedio y aburrimiento en el hogar de cada cual y a un deseo de sobresalir sobre aquellos que son iguales en los placeres y gustos que ocupan un tiempo muerto. Si te gusta la literatura y escribes, por ejemplo, buscarás grupos en los cuales puedas leer y dar a conocer tus escritos. En ellos siempre se esconde el afán de darse a conocer como autor, a competir sobre los premios recibidos, la mayoría de las veces minoritarios en expansión de la obra y así demostrar que tus conocimientos son los que sientan cátedra. Cuando la mayor de las veces aquellos que realmente triunfan nunca se unen a grupos de lectura, ellos ya saben la cantidad de lectores por la cantidad de libros vendidos. En la edad de los grupos casi todos pasan de los cuarenta. Unos son casados pero aburridos, otros separados y más aburridos, y otros son los que han pasado de los sesenta y lo que encuentran en estas reuniones es la salvación a un devenir sin meta alguna y que en estas reuniones encuentran el calor que les falta. Es aquí donde se dan amistades que son verdaderas, pues el sexo no es tan prioritario, a pesar que pueda existir. La camaradería si se llega a dar con sinceridad, es perfecta pues entre ellos intercambiarán sus verdaderas inquietudes y con ellas llegará el conocerse a fondo sus cualidades y sus defectos, y una vez admitidos será la amistad la que llene todo el espacio. No obstante es una amistad algo volátil. No es el apetito sexual, si se da entre dos de diferente sexualidad el que hace que pueda haber aguas en la bodega, es la competitividad el peligro en estas amistades, pues si cualquiera de los dos levanta una crítica, no importa que sea constructiva, dependerá de la comprensión de la persona por lo expuesto en esa crítica y lo profunda que sea la amistad y si es de meses o años, el cariño que impere y del “aguante” del crítico a la tormenta del criticado.

La amistad del anciano es tan importante, que ella, la cantidad la calidad y su diversidad, puede hacer de fuente de la vida y regalarles unos años más.

Pero lo más importante es que la verdadera amistad es la que siempre se siente y se da en uno de los dos en cualquiera de las facetas antes señaladas. Es curioso que pocas veces ocurra que los dos que se llaman amigos lo sean en plenitud y se den así mismo al otro con el mismo afán. Son amistades que duran a pesar de las adversidades, no importa que en ellas haya sexo o no y que la edad sea la que sea, pues siempre uno de ellos salvará la situación haciendo ver a su “amigo”, con gran paciencia y cariño, que no vale la pena ese episodio de enfado y que quizás estuviera equivocado o que lo siente, para luego, pasado el enfado hacerle ver a su contrario que la razón estaba en este u otro campo. Ese que así se comporta es un verdadero amigo, el otro no lo es menos, pero de una cosecha no tan especial. La lástima es que desgraciadamente dichos amigos existen en las historias de ficción, ya que en la realidad penosamente se cuentan con la mano.

Por todo ello comento que siempre soy amigo de los que hasta han sido mis amigos. últimamente mi mano está a falta de amigos de tan especial catadura, ¿eres capaz de ser mi amigo/a?

Jonás Villarrubia Ruiz